

mos nosotros los que queremos conquistaros. ¿Sois aun bastante fuertes? Reducidnos de nuevo á la esclavitud. ¡No lo sois! Sufrid entonces la suerte de todo poder caduco; ocupad á vuestra vez la situacion de vencidos, no ya para obedecernos, sino para ser nuestros iguales.”

Las clases mas educadas en ideas generosas eran á la sazón la literata y la noble. De la nobleza emanaron las proposiciones mas liberales; y despues de la memorable noche del 4 de Agosto en que, de consuno, hicieron los nobles renuncia de sus títulos, podia decirse, que se habia logrado el objeto ostensible de la convocacion, es decir, la igualdad en su genuino significado, la igualdad de todos ante la ley. Pero se pasó todavía mas adelante, y se sentó como principio constitutivo la soberanía del pueblo, principio de peligrosa aplicacion. Si el pueblo es soberano, se decia, el poder por él delegado debe ser uno y genuino: si la soberanía es una, una debe ser tambien la asamblea. De aquí se deducia que los poderes debian ser electivos, sin distincion de órdenes ni gerarquías, no quedando hereditario mas que el trono.

Otro axioma se desprendia ademas de este principio de la soberanía popular, y es que debian delegarse todas las funciones administrativas á pequeñas asambleas elegidas en cada poblacion, en cada distrito, en cada departamento; de tal manera que no era ya el poder ejecutivo dueño de sus actos ni de su voluntad. De aquí procedian las infinitas contradicciones que resultaron, como por ejemplo, la de hacer responsables á los ministros, y sin embargo, privarles del derecho de elegir los funcionarios públicos.

Aquellas ideas intermedias, que todos los hombres abrigan, y en las cuales todos convienen, únicamente no eran ya del grado de la generalidad; no se pensaba que lo mas sagrado despues de la moral debían ser las costumbres nacionales, ni que el reformar lo que no necesita reforma engendra muchos enemigos y poquísimos amigos.

Se pusieron, pues, de nuevo en discusion los principios mas admitidos: cada discurso era un tratado de derecho público que se remontaba siempre hasta Adán, pretendiéndose que el derecho histórico, que habia dominado hasta entonces, cediese su puesto al derecho filosófico desembarazado de todo obstáculo de preocupaciones, usucapion ó costumbres. La asamblea robusta por su número, por su doctrina, por su energía, uniéndose lo mejor y mas aceptable entre lo que ofrecia la teoría, la práctica, las luces, la generosidad, trataba y resolvía todo género de cuestiones; discutía la constitucion, pero no en tono dogmático; examinaba las condiciones sociales segun el principio abstracto, no segun la aplicacion tradicional indicada por la razon; no se limitaba á negar, sino que afirmaba tambien y constituía, llevando puesta la mira en la realizacion del gigantesco

proyecto de regenerar en todas sus partes el Estado. Procediendo por deducciones lógicas, llegó á sostenerse, que las corporaciones no podían poseer legitimamente y que se podia privarles del derecho de heredar; que la posesion de la tierras era transitoria, pudiendo la nacion rescatarla cuando la necesitase; que no eran naturales los derechos de testamento y de herencia, sino procedentes de la ley que los daba y los quitaba; por último, que la confiscacion podia ser aplicada colectivamente por razones políticas.

El gran dogma de la asamblea nacional era *ex unitate libertas*, y pues que ya no tenia ningun respeto hácia lo pasado, fué un gran consejo el de Siéyes que propuso la supresion de la antigua division de Francia en provincias que tenían distintos privilegios y costumbres, y su nueva division en departamentos sin historia ni recuerdo alguno de derechos: supremo esfuerzo de centralizacion. Las autoridades municipales recibieron entonces amplios poderes; sustituyéronse á los parlamentos tribunales con jueces de eleccion popular; abolida la venalidad de los empleos, se mejoraron los procedimientos judiciales; se proyectó un código civil uniforme, se hizo que desapareciese todo vestigio de nobleza hereditaria; y la libertad del género humano se proclamó por una chusma de extranjeros, negros, siameses y esclavos.

Una vez introducida la uniformidad en la administracion civil y judicial, se quiso que penetrara igualmente en el órden eclesiástico. Filosofía, religion, bien público, igualdad, libertad, se levantaban á una voz contra el clero: los diputados jansenistas que con el espíritu de órden que por do quiera descubre abusos habian fomentado la revolucion, quisieron á lo menos salvar las alturas, y Camus, su jefe, con la *Constitucion civil del clero* pensó poner en consonancia la religion del Estado con las leyes nuevas. Habiéndose asiguado mil doscientos francos de sueldo á los párrocos y dispensado de los votos á los regulares, dejando no obstante en los conventos á los que quisieron y dándoles una pensión, los bienes del clero fueron declarados propiedad del Estado, y de ellos se vendieron los bastantes para dar un producto de cuatrocientos millones de francos (1). Y para que su gran número no envileciera su precio, se obligó á los pueblos á comprarlos

(1) De profecía se calificaron las palabras siguientes, del ex-jesuita Beauregard: Si, vuestros templos, Señor, serán saqueados y destruidos, serán abolidas vuestras fiestas, se blasfemaré de vuestro nombre, se proscribirá vuestro culto. ¿Pero qué escucho, gran Dios, qué veo? A los sagrados cánticos que resonaban las santas bóvedas en vuestro honor, suceden canciones lúbricas y profanas; y tú, divinidad infame del paganismo, infame Venus, acude descaradamente á usurpar el puesto del Dios vivo, á sentarte en el trono del Santo de los santos, á recibir el culpable incienso de tus nuevos idólatras.

con cédulas, que despues debían rescatarse, y á las cuales se dió curso como moneda.

Con esto se satisfacian necesidades urgentes y se distribuía la propiedad, pero ¡quedaba tambien satisfecha la justicia (1)! Ocurrió justamente á la conciencia del rey esta consideracion, y para obviarla solicitó pedir la aprobacion de Roma; los interesados apelaron á la intriga; el clero se negó, principalmente en la Vendée (1791), á dejarse despo-

(1) Talleyrand, decia: “Con los bienes y rentas del clero podrá la nacion:

- 1.º Dotar cómodamente al clero.
- 2.º Amortizar cincuenta millones de rentas vitalicias.
- 3.º Extinguir sesenta millones de rentas perpetuas.
- 4.º Cubrir el déficit, suprimir los derechos de puertas que aun quedan, y la venalidad de los empleos rescatándolos.
- 5.º Establecer, en fin, una caja de amortizacion, de modo que los contribuyentes al diezmo, que se encuentren menos acomodados, se vean pronto aliviados de esta carga, y los demas puedan hallarse libres de ella al cabo de algunos años.

“Y para decir en resumen toda cuanta utilidad presenta este proyecto para el Estado, añadiremos que la nueva cantidad de fondos que entrará en el comercio aumentará el producto de las contribuciones públicas mediante la redencion de las tallas que subsistian todavía á favor del Estado, en el momento de las traslaciones de propiedad. Al mismo tiempo, la medida á que nos referimos retendrá en sus tierras á mayor número de propietarios, que tendrán interes en permanecer á la vista de ellas para hacerlas fructificar.

“Los colonos, no teniendo ya que les prive de sus arriendos como antes acontecia á la muerte de los beneficiados, harán prosperar el cultivo, al cual será muy ventajosa esta seguridad.

“Ultimamente, el Estado, ademas de la supresion del déficit, de los derechos de puertas y de la venalidad de los cargos judiciales, reducirá la deuda pública á una cantidad moderada, se verá exento de reembolsos exigibles, y aun los mismos acreedores temerán ser reembolsados cuando de esta manera se haya disminuido la deuda; y el establecimiento del crédito entre nosotros, nos proporcionará ventajas tal vez mas considerables que las que ha sacado del suyo ninguna otra nacion.

“Con el resto de los treinta y cinco millones y medio, destinados á la amortizacion, podria haber para emplear diez ó doce millones en el pago de los nuevos jueces; pero en este caso se retardaria por algunos años la definitiva abolicion del diezmo.”

A esta lisonjera pintura, respondia el abate Maury: “La direccion que habria que establecer desde el principio para administrar las propiedades del clero, absorberia en breve tiempo los productos, pues pocos ignoran que cuanto mas estensa es una direccion, es tanto mas perjudicial. Un hecho muy reciente manifiesta, á mayor abundamiento, los inconvenientes inseparables de

seer y á admitir sueldo, por lo cual se pensó en exigir á los eclesiásticos un juramento. Este podia no ser prestado por el que creyera que las nuevas leyes comprometian la religion, pero semejante negativa traía en pos la suspension de funciones y de sueldo. Todos se negaron á jurar, á escepcion de un cura, del obispado de Orleans, del arzobispado de Sens, que era ya ministro, y del obispo de Autun, que solicitaba serlo. Tornó

estas administraciones fiscales. Cuando se suprimieron los jesuitas, en todas partes se ponderaba lo inmenso de sus riquezas; pero apenas se les secuestraron los bienes, no alcanzaron los productos de éstos para pagar la pensión módica, que les habia sido prometida. Así desaparecieron las propiedades de esta célebre sociedad, sin ventaja ninguna para el Estado. Os citamos como una prueba anticipada de vuestros malos cálculos y de vuestra afliccion, el deplorable ejemplo de esa institucion, que siendo esencialmente ventajosa bajo tantos otros conceptos, bajo el aspecto de pura economia, interesaba tambien su existencia á la nacion. El sueldo de un solo profesor cuesta hoy mas que la dotacion de un colegio entero de jesuitas.

“En la administracion de las propiedades del clero se renovaría la infructuosa disipacion de los bienes de la compañía. La dotacion territorial de los ministros de la religion es una institucion verdaderamente inapreciable para el Estado, y se comprometería, ó mejor dicho, se aniquilaría el culto público si depen liese de una imaginacion humilde é incierta; ni tardaria la irreligion y la codicia en poner en almoneda este santo ministerio, solicitando primero el culto menos dispendioso, para llegar en seguida mas seguramente á la proscripcion de todos los cultos. Un déficit transitorio, una interrupcion momentánea ó duradera en la recaudacion de los impuestos, la quiebra de un recaudador, una guerra ruinosa y cien otras causas de suspension de pagos, reducirían á la mendicidad á la clase entera de este clero estipendiado, y ningun ciudadano querría ya abrazar un estado tan precario, incierto y limitado. Al primer cañonazo que introdujese el espanto en una provincia, todos los curas párrocos, temiendo perder su subsistencia, apelarían á la fuga; las parroquias de los campos quedarían abandonadas, el pueblo, sin amparo, sin guia, sin freno, dejaría de respetar la ley; y el reino, abandonado á la devastacion y á la anarquía, aprendería al fin de todos estos desastres una gran verdad política, hoy demasiado olvidada, á saber: que el órden público se apoya en la religion, y que los ministros del culto son los únicos que pueden responder del pueblo ante los gobernantes.

“Si el clero hace á los pueblos dóciles á sus instrucciones, lo debe á sus infinitas limosnas. ¿Y cómo podria contenerlos cuando no tuviese medios para asistirlos? Que la caridad en un reino hace las veces de una contribucion verdaderamente inmensa, lo prueba tambien el ejemplo de la Inglaterra, la cual luego que usurpó las propiedades de los monasterios, como respetó los be-

el afecto á la religion cuando ésta se vió en peligro, y así nació una nueva division. Montlosier, decía: "No creo que se pueda obligar á los obispos á abandonar sus sillas. Lanzados de los palacios, se irán á la cabaña del pobre á quien han alimentado; privados de la cruz de oro la llevarán de madera, y una cruz de madera fué la que salvó al mundo." Así las clases privilegiadas y el clero, piedras de escándalo y de discordia en los pasados tiempos, se regeneraron entonces por la senda del honor y de la persecucion.

Entre tanto crecían las necesidades; los asignados perdían parte de su valor; se establecían el papel sellado y el registro; pero los ingresos estaban muy lejos de bastar para los gastos presupuestados. Necker, vituperado por los dos partidos, se retiró del ministerio, víctima de la opinion que se había jactado de dominar; y aunque decía que "no debía hacerse caso de la opinion, pues que él la había visto temblar delante de aquellos mismos á quienes en otro tiempo había citado ante su tribunal para cubrirlos de oprobio," todavía creyó conveniente dar pública cuenta de su administracion.

Continuando el impulso que había contribuido á disminuir la autoridad real, se cercenó la dotacion de la real casa. ¡Debia dejarse al rey el derecho de guerra y paz! Este problema se resolvió naturalmente por Inglaterra, pues que allí se había conocido que si las camaras debían votar los impuestos, en sus manos estaba el consentir ó no la guerra. Pero Barnave con la idea de la posibilidad de la paz universal, y en el supuesto de que los reyes eran batalladores, votó que se despojase á la corona de aquella prerogativa. Maury apoyó este voto con la historia en la mano, pintando la desolacion de Francia; pero Mirabeau salió á la defensa de la facultad régia, y aunque los jacobinos trataron de hundir á este campeón, y aunque el pueblo lo acusó de traicion, llamóle Catilina, le maldijo y le tuvo por cómplice de Orleans, que había emigrado, él opuso á esta tempestad una obra maestra de elocuencia [1] y obtuvo que se conservase al rey juntamente con la asamblea el derecho de paz y guerra.

neficios de los obispos, de los cabildos y de las universidades, que son ahora las mas ricas de Europa, se vió obligada despues del reinado de Enrique VIII, á suplir las limosnas del clero con un impuesto especial en favor de los pobres, el cual asciende anualmente á cerca de sesenta millones, en un reino cuya poblacion apenas forma una tercera parte de la nuestra. Comparad, señores, calculad, y decidid ahora lo que querais."

(1) Son aplicables á los facciosos de todos tiempos las sublimes palabras de aquel exordio: "Las amistosas discusiones valen mas para entenderse que las insinuaciones calumniosas, las inculpaciones furibundas, los odios de la rivalidad, las maquinaciones de la intriga y de la maledicencia. Se propagan voces de perfidia, de desercion, de corrupcion; se invoca la venganza po-

Mirabeau con su talento profundo y flexible, mezcla singular de pasion y de razon, escitado por la ambicion personal á sostener el trono con venal moderacion, comprendia que nada podria llevarse á cabo entre una plebe sublevada; por cuyo motivo procuraba sofocar el movimiento sobornando á otros ó incitando á la asamblea á tomar disposiciones contradictorias. Mientras los demas se entretenían en palabreria inútil, él fallaba las cuestiones en tono tal, que hacia que se le creyese el único que conocia la situacion; hablaba sobre todo con portentosa actividad; entraba en todas las comisiones; sostenia correspondencia, intrigaba hasta que le abandonaban las fuerzas, ahogaba la verdad entre

popular para sostener la tirania de la opinion; no parece sino que es un delito tener dos pareceres en cuestiones de suyo delicadissimas. Estrañamania, deplorable ceguera en esta que irrita uno contra otro á hombres que aun en medio de las contiendas mas encarnizadas, deberían estar siempre unidos para un mismo fin en un indisoluble sentimiento: hombres que al culto de la patria sustituyen la irascibilidad del amor propio, y se abandonan á preocupaciones populares. No hace muchos dias se me queria llevar en triunfo, y hoy sin embargo, se grita por las calles: *la gran traicion de Mirabeau.*

"No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán poco dista el Capitolio de la roca Tarpeya; pero el hombre que combate por la razon, por la patria, no se da tan facilmente por vencido. El que tiene la conciencia de haber merecido bien de su pais, y sobre todo de haberle sido útil; el que no se deja seducir de una vana celebridad; el que desdeña los triunfos de un dia para buscar la verdadera gloria; el que quiere decir la verdad y hacer el público bien independiente de los volubles movimientos de la opinion popular, ese hombre lleva consigo el premio de sus servicios, el alivio de sus penas, el galardón de sus peligros, y no debe esperar gracia sino del tiempo, juez incorruptible que á todos hace justicia.

"Pues bien, aquellos que hace ocho dias vacilaban cuál sería mi opinion sin conocerla; aquellos que en este momento calumnian mi discurso sin haberlo oido, acáscenme de inventar impotentes fídelos cuando se hallan derribados los antiguos, ó de estar vilmente asalariado por hombres á quienes no he cesado de combatir; denuncien como enemigo de la revolucion á aquel que quizá no fué para ella útil, y que aun cuando esta revolucion fuese estraña á su gloria, solamente en ella podria encontrar seguridad; abandonen á los furiosos del pueblo engañado al que hace veinte años está combatiendo toda clase de opresion, al que hablaba á los franceses de libertad, de constituciones, de resistencia, cuando sus viles calumniadores chupaban el jugo de la corte y se alimentaban de todas las preocupaciones dominantes. ¿Qué me importa? Estos golpes tan constantes no me detendrán en mi carrera: yo diré á los agresores: responded si podeis, calumniad cuanto se os anteje."

un soberbio desden y una ironía insultante; demostraba la violencia del tribuno, no las consideraciones del legislador; pero su impetuosidad era artificiosa, y de este modo sugirió ideas oportunas é hizo esfuerzos para reprimir el excesivo impulso dado á la reforma. Cuando la asamblea se manifestaba fatigada ó asustada, era bastante para hacerle recobrar todo su fervor el grito disonante y sublime de Mirabeau, y una sacudida de aquel estilo suyo propio, que requiere la expresion de la palabra y que no se puede pintar en el escrito. Seducia á los unos con halagos, asustaba á los otros con el sarcasmo; insultando complacia, porque las turbas consideran como hombre superior al que desafía sus furiosos. La superioridad de Mirabeau le inspiraba un aire de familiaridad, hallárase al lado de quien se hallase, la cual hacia que se tuviese por amigo ó cómplice suyo á la persona con quien se le veía. A veces se revelaba su poder por medio de breves palabras que bastaban para decidir de la conducta de todo un partido. "Lafayette tiene un ejército, decía, "pero yo tengo mi cabeza." Nadie mejor que él sabia justipreciar la importancia de los hombres y de las cosas. Ora decía de Sièyes: "es un metafísico que viaja por un mapa-mundi;" ora de Robespierre: "éste adelantará mucho porque cree lo que dice;" ya exclamaba: "la corte tiene hambriento al pueblo; ¡traicion! El pueblo le venderá la constitucion por pan;" ó ya: "hay muchos Aníbalas, pero se hace necesario un Fabio."

La asamblea nacional comenzó una vez un mensaje al rey con estas palabras: "La asamblea pone á los pies de V. M. un ofrecimiento . . . : "pero Mirabeau dijo: "La majestad no tiene pies." é hizo berrar aquella fórmula humillante. Otra vez la misma asamblea quiso decir que estaba embriagada de la gloria de su rey, y Mirabeau exclamó: "¡gentes que hacen leyes y se confiesan embriagados!" El rey ofreció su plata y su vajilla para las necesidades del Estado, y viendo Mirabeau el recelo que este ofrecimiento había causado en la derecha de la asamblea, dijo: "no soy tan sensible que vaya á compadecerme de los cacharros de los grandes." En cambio cuando se quiso borrar la frase *por la gracia de Dios*, dijo: "esa frase es un homenaje á la Divinidad, homenaje que todos los pueblos del mundo deben pagar." Cuando se discutió la ley contra los emigrados la combatió como tiránica é injusta, y viendo la desaprobacion pública, exclamó: "la popularidad que deseo es una débil caña, pero quiero clavarla en el corazon;" y añadió: "si aprobais la ley de la emigracion juro desde ahora desobedecerlos."

Decían que su elocuencia era de mal gusto, y á él se le acusaba de ser demasiado aficionado á servir de frases poco comunes, cayendo en el neologismo y usando locuciones estrañas y triviales. Pero era fuerte, y de los fuertes es el mundo en tiempos turbu-

lentos. Elocuencia semejante era no para leída sino para oída cuando entre el bullicio de las tribunas, que aumenta el vigor de una voz poderosa, entre los silbidos y ahullidos de muerte, erguida su cabeza como un tigre, amenazando é insultando con su feroz mirada á la asamblea y con el puño cerrado, los brazos convulsos, erizada la melena, lanzaba un torrente de palabras descabelladas, vulgares, sarcásticas, sublimes, y sofocaba á los contrarios con la hiel de su sardónica sonrisa y con la espuma de su cólera (1).

Siendo presidente de la asamblea, con su sencillez y claridad ponía en desorden al triunvirato jacobino: diciendo *callen esas*

[1] Grande y hermoso era su desprecio y hermosa su risa; pero su cólera era sublime. Cuando se lograba irritarlo, cuando se le ponía alguna de aquellas banderillas que hacen saltar al orador y al toro, si estaba, por ejemplo, en medio de su discurso, lo dejaba todo al instante; dejaba las ideas comenzadas; no se cuidaba de si la bóveda de razonamientos que había empezado á construir podria hundirse por falta de la clave; abandonaba completamente la cuestion y se precipitaba sobre el incidente. ¡Entonces! ay del interruptor, ay del banderillero! Mirabeau caía sobre él, lo asia por medio del cuerpo, lo lanzaba al aire, lo pisoteaba, iba y venia sobre él, lo despedazaba, lo aronadaba. En sus palabras tomaba al hombre todo entero, cualquiera que fuese, grande ó pequeño, perverso ó nulo, fango ó polvo, con su vida, con su carácter, con su ambicion, con sus vicios, con sus ridiculeces; nada omitia, nada perdona, nada pasaba por alto; hacia temblar, hacia reír; cada palabra suya era un golpe, cada frase una flecha; terrible, soberbio, tenía en el corazon la verdadera ira, el verdadero furor de un leon. Grande y poderoso orador, bello sobre todo en aquellos momentos, era de ver cómo disipaba todas las nubes de la discusion, era de ver cómo al soplo tempestuoso de su palabra se erizaban los cabellos de todos los individuos de la asamblea. ¡Cosa singular! no raciocinaba nunca mejor que cuando se hallaba en uno de estos accesos arrebatados. La mas violenta irritacion, lejos de desordenar su elocuencia con los sacudimientos que le daba, desarrollaba en él una especie de lógica soberbia, haciéndole encontrar argumentos en su furor como otros los encuentran en sus metáforas; y ya pasara rugiendo su sarcasmo de su boca rabiosa á la pálida frente de Robespierre, espantoso incógnito que dos años despues debía hacer con las cabezas lo que Facion con los discursos; ya triturasen con saña los fibrosos dilemas del abate Maury para lanzarlos otra vez sobre el lado derecho de la asamblea, lacrados, deshechos, casi devorados y cubiertos con la espuma de su rabia; ya clavase las uñas de sus silogismos en la frase blanda y melosa del abogado Target, siempre era grande y magnífico y siempre manifestaba una especie de majestad formidable que no se descomponia ni aun en los saltos mas desmesurados. Quien no ha visto á Mirabeau encolerizado no ha visto á Mirabeau: esto decían nuestros padres. Entonces su genio des-

treinta voces, mostró cuán pocos eran los que turbaban las discusiones de la asamblea; y al mismo tiempo proyectaba los medios de salvar al rey, de preparar su fuga, de destruir una constitución propia de parlanchines, anárquica y despreciada.

Hubiera también deseado Barnave salvar al rey, pero su rectitud le hacía despreciar demasiado á Mirabeau, y no admitía que pudiese ser necesario prescindir de la bondad del instrumento, con tal que triunfase la idea. Mirabeau veía cual era la senda de la justicia; pero obligado por la necesidad de rehabilitarse, se dejaba llevar del impulso de pasiones contrarias, sucumbiendo bajo las contradicciones de una naturaleza potente y miserable. Castigado por el bien que hacía mas severamente que por el mal que había hecho, acusado de sus acciones meritorias mas que las depravadas, conociendo que no merecía el puesto de mediador, se hacia demagogo, y los silbidos de los moderados lo impulsaron á desertar de sus filas.

El amor propio ofendido, el ansia de venganza, la envidia contra los hombres honrados que conquistaban aplausos, el trabajo intenso, fogosas discusiones que no interrumpían el curso de sus desórdenes, quebrantaron su salud; y al fin, despues de un día de lucha parlamentaria y de una noche pasada en brazos del deleite, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda Francia se conmovía al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque era necesario. En París no se preguntaba mas que una cosa: por mañana y tarde, su calle, el patio, las escaleras, las anteceras de su casa estaban llenas de gente; algunos pasaban allí la noche, otros ofrecían su propia sangre para intentar su trasfusión; todos en el silencio del respeto y del terror aguardaban noticias. Luis XVI mostraba por él algun interes en público y muchísimo en particular: con ir á verlo habría podido aun ganar un día de favor popular, pero no lo consentía la etiqueta. Mirabeau pudo decir: "Llevo conmigo el luto de la monarquía," y consolarse con la vista de Barnave, enviado por los jacobinos, y con oír el rumor de todo el pueblo que esperaba noticias suyas. Pidió flores y música en vez de lágrimas, de pompa y de aquellos consue-

plegaba todo su esplendor; la cólera le sentaba bien como al Océano la tempestad."—VICTOR HUGO.

Droz por su parte hace observar que las frases de energúmeno que se encuentran en sus discursos, no las pronunciaba con impetu, sino que antes bien sabía dominarse con aquella calma que es señal cierta de la superioridad. "No era el suyo aquel calor vulgar que se manifiesta mediante la agitación del orador. Con frecuencia decía palabras amenazadoras en aquel tono grave en que se da un aviso saludable. Mirabeau era sobre todo imponente."

los que en la muerte son los únicos verdaderos; y el hombre que acaso quince días despues habría sucumbido bajo los puñales, ó sido arrastrado con furor por el pueblo, entonces fué honrado con el dolor universal y llevado á Santa Genoveva (1), iglesia á la sazón convertida en panteón de los hombres ilustres (2).

(1) La impresión que causó en la asamblea nacional la muerte de Mirabeau, no hay pluma que pueda expresar con la debida exactitud.

Un triste estupor y un profundo silencio se apoderaron por un largo rato de todos los ánimos; y cuando por fin pudieron manifestarse los sentimientos del dolor, se propuso enviar una diputación á las exequias del grande orador. *Trenos todos*, exclamaron á una voz los miembros de la asamblea. El convoy fúnebre fué escoltado por doce mil guardias nacionales; lo siguieron cuatro mil ciudadanos vestidos de luto; el cortejo se extendía hasta una legua; su marcha duró cuatro horas. La inmensa población de París se atropellaba en las calles; las ventanas, los tejados y hasta los árboles, estaban atestados de gente. Muchos millares de hombres honraron con sus lamentos la memoria de aquel genio: Cérutti pronunció la oración fúnebre en San Eustaquio. Las salvas militares y los gritos prolongados, que hacían retumbar las bóvedas de la iglesia, infundían cierto terror religioso. Jamás, según lo que dice el citado Cérutti, la muerte atrajo tanto número de espectadores á un lúgubre y magnífico espectáculo.

Se asegura que en medio de las ruinas de la antigua Atenas, se encontró una columna rota, no lejos de la torre llamada de Demóstenes, con esta inscripción: *A Mirabeau: pasajero, respeta esta piedra.* Es el solo monumento que existe en honor del Demóstenes francés.... ¡Y éste se halla en la Grecia!

[Nota del traductor.]

(2) "En tanto que las campanas tocaban á muerto; mientras el cañon tronaba de minuto en minuto, y en una ceremonia para la cual se habían reunido doscientos mil espectadores, se hacían á un ciudadano funerales de rey; mientras el panteón á donde era llevado el cadáver parecía apenas digno monumento de tales cenizas, ¿qué pasaba en el fondo de los corazones?"

"El rey, que tenía asalariada la elocuencia de Mirabeau, la reina, con quien éste celebraba nocturnas conferencias, lo lloraban tal vez como su única áncora de salvación; pero era mayor el miedo que la confianza que les inspiraba; y la humillación en que se había visto la corona pidiendo auxilio á un súbdito, hacía que se aceptase hasta cierto punto como un respeto el fin de aquel poder de destrucción, hundido antes que el trono. La muerte había vengado á los reyes de las afrentas que Mirabeau les había hecho sufrir. La aristocracia, irritada, prefería su caída á sus servicios, pues los nobles no lo miraban sino como un apóstata, y habrían tenido por escesivamente vergonzoso el ser defendidos y ensalzados por el mismo que los había abatido. La asamblea nacional estaba ya cansada de soportar la superioridad de aquel hombre; el duque de Orleans conocía que una palabra suya habría puesto en claro y minado por la base su prematura ambición; Lafayette, héroe de la clase media, debía temer al oráculo del pueblo, y era natural que existiese cierta secreta envidia entre el dictador de la ciudad y el dictador de la tribuna. Mirabeau, aunque jamás fué atacado por Lafayette en sus discursos, había lanzado á su émulo en la conversación frases que imponen un sello al hombre. Muerto Mirabeau, Lafayette parecía mas grande y lo mismo los demás oradores de la asamblea. Mirabeau no tenía rivales, sino envidiosos, y no pocos; su elocuencia, aunque popular, era la de un aristócrata; carecía de aquel sentimiento de avidez y de rencor que subleva las viles pasiones del corazón humano, y que en el bien hecho al pueblo no ve mas que un insulto á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo sino un liberalismo adaptado á su genio: las magníficas expansiones de su alma no se asemejaban en nada á las mezquinas iras de los demagogos; conquistando derechos para el pueblo, parecía que los regalaba; era un voluntario de la democracia, y por su porte y costumbres recordaba evidentemente que desde los Gracos hasta él, los tribunos mas poderosos para el servicio del pueblo habían sido patricios. Su talento sin igual por la filosofía del pensamiento, por lo estenso de la reflexión y lo grandioso de la expresión, era otra especie de aristocracia no menos imperdonable. La naturaleza le había dado el primer lugar: la muerte dejaba el campo libre para que los hombres de segundo orden se disputasen un puesto que ninguno sabía conquistar. Las lágrimas que vertieron sobre el féretro, fueron fingidas; solo el pueblo lloraba sinceramente, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y lejos de llevar á mal que hubiese nacido noble, amaba en él la nobleza como un botín que había ganado á la aristocracia. Adema, la nación desahogada, que veía caer una tras otra sus instituciones y tenía una subversión total, conocía por instinto que el genio de un grande hombre era la última fuerza que le quedaba. Estinguido aquel genio, no veía mas que tinieblas y precipicios á los pies de la monarquía; solo los jacobinos mostraron abiertamente su contento, porque él era el único que podía contrarrestarlos.—LAMARTINE."

Allí llevaron también á Voltaire; y allí despues se depositaron las cenizas de Rousseau, para que luego se encontraran al lado del execrable Marat (1).

Mirabeau espiró persuadido de su importancia personal. Al criado que lo sostenía, le dijo: "puedes jactarte de haber servido de apoyo á la cabeza mas fuerte de Francia;" y á sus amigos anunció que muerto él

habría sido demolido; era preciso edificar el porvenir; el útero estaba fecundado; debía seguirse el parto, y ya Mirabeau era menos fuerte que su obra. Como la máquina que encierra el vapor, había él enfrenado las fuerzas elásticas de la revolución; pero la compresión misma había multiplicado su poder, y ya estaban aquellas á punto de desbandarse. Mirabeau murió á tiempo: mas tarde, su fuerza no habría podido contrarrestar una fuerza mayor, que hubiera segado también con la guillotina su enorme cabeza. Esta era demasiado grande para el antiguo absolutismo, y abatió al absolutismo; lo era también para la república, y la república la habría separado de los hombros que la sustentaban. El monarca francés, bondadoso y débil, se quedaba sin apoyo, sin el amor del pueblo, sin los consuelos de la religión, á la cual creía haber ultrajado sancionando aquel juramento con cuyo pretexto los clérigos eran perseguidos en todas partes. Imposibilitado por los tumultos de salir de palacio, privado hasta del derecho de indulto, redactó una circular dirigida á las potencias extranjeras, en la cual se declaraba adicto á la constitución; pero al mismo tiempo tramaba la fuga, en sus manos la familia; pero suprimió, omitió y traspuso de tal manera los documentos que tenía, que quitó gran estima á la publicación. Véanse también los siguientes: Victor Hugo, Mirabeau. Droz, Mirabeau et l'Assemblée constituante. [Appendix á l'histoire du régime de Luis XVI], Paris, 1842. Justamente comienza por el problema: Mirabeau, seul homme de génie qu'ait vu apparaître la révolution de 1789, serait-il parvenu á raffermir la monarchie sur les bases d'une constitution libre, si la mort ne l'eut arrêté au milieu de sa carrière? Ce doute suffirait pour révéler en lui une puissance extraordinaire. Etienne, Dumont, Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières Assemblées législatives. Bruselas, 1832. Collection complète des travaux de M. Mirabeau, l'ainé á la Assemblée nationale, par Et. Méjean. Paris, 1791.

[1] Véanse las Mémoires biographiques, littéraires et politiques de Mirabeau, écrits par lui-même, son père, son oncle et son fils adoptif. [Lucas de Montigny], 1841, ocho tomos, obra de mucha conciencia, pero difusa, desordenada y sin crítica; Montigny habría podido hacerla muy útil publicando la colección de cartas que puso

HISTORIA.—26.

"los facciosos se repartirían los despojos de la monarquía." Boissy d'Anglas exclamó: "parece que con Mirabeau ha perdido la revolución su providencia; y ciertamente que habiendo visto á través de los errores de aquella revolución, la misión grandiosa que estaba llamada á cumplir, pudo decir: "La Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son las bases inseparables de una verdadera legislación, y el fundamento eterno del estado mas perfecto del género humano."

Oponían muchos que Mirabeau habría podido dominar la revolución, salvar la monarquía, y abatir la despótica guillotina, así como había abatido el trono despótico. Pero si bien un hombre puede dar el impulso á la multitud, ¿quién es capaz de detenerla? Lo pasado había sido demolido; era preciso edificar el porvenir; el útero estaba fecundado; debía seguirse el parto, y ya Mirabeau era menos fuerte que su obra. Como la máquina que encierra el vapor, había él enfrenado las fuerzas elásticas de la revolución; pero la compresión misma había multiplicado su poder, y ya estaban aquellas á punto de desbandarse. Mirabeau murió á tiempo: mas tarde, su fuerza no habría podido contrarrestar una fuerza mayor, que hubiera segado también con la guillotina su enorme cabeza.

Esta era demasiado grande para el antiguo absolutismo, y abatió al absolutismo; lo era también para la república, y la república la habría separado de los hombros que la sustentaban.

El monarca francés, bondadoso y débil, se quedaba sin apoyo, sin el amor del pueblo, sin los consuelos de la religión, á la cual creía haber ultrajado sancionando aquel juramento con cuyo pretexto los clérigos eran perseguidos en todas partes. Imposibilitado por los tumultos de salir de palacio, privado hasta del derecho de indulto, redactó una circular dirigida á las potencias extranjeras, en la cual se declaraba adicto á la constitución; pero al mismo tiempo tramaba la fuga,

en sus manos la familia; pero suprimió, omitió y traspuso de tal manera los documentos que tenía, que quitó gran estima á la publicación.

Véanse también los siguientes:

Victor Hugo, Mirabeau.

Droz, Mirabeau et l'Assemblée constituante. [Appendix á l'histoire du régime de Luis XVI], Paris, 1842. Justamente comienza por el problema: Mirabeau, seul homme de génie qu'ait vu apparaître la révolution de 1789, serait-il parvenu á raffermir la monarchie sur les bases d'une constitution libre, si la mort ne l'eut arrêté au milieu de sa carrière? Ce doute suffirait pour révéler en lui une puissance extraordinaire.

Etienne, Dumont, Souvenirs sur Mirabeau et sur les deux premières Assemblées législatives. Bruselas, 1832.

Collection complète des travaux de M. Mirabeau, l'ainé á la Assemblée nationale, par Et. Méjean. Paris, 1791.

de acuerdo tal vez con los extranjeros, é indudablemente con el general Bouillé que lo indujo á efectuarla. Pero al llegar á Varennes con su familia [21 de Junio de 1791], no sin experimentar dificultades novelescas, fué descubierto y conducido de nuevo á Paris.

Si entonces se le hubiera dejado marchar, como muchos decían que se hiciera, se habría decretado su destitución, y evitado de este modo un proceso que ocasionó muchos delitos y largos tumultos. Pero prevaleció la opinión contraria, y se dió orden para llevarlo á Paris. Barnave, enviado por la asamblea para acompañarlo, conmovido al ver de cerca á aquellos reyes desgraciados, se constituyó en apoyo del trono con Lameth, no por dinero, como Mirabeau, sino por sentimiento, y sufriendo la ley de todos los jefes populares que se adhirieron al poder, á medida que á él se fueron aproximando. Entró pues, Barnave en las ideas moderadas de la sociedad constitucional de Lafayette, intrépido adversario de la anarquía; y resuelto é impetuoso bajo tranquilas apariencias, formó en la izquierda un partido, que respiraba moderación, y cuyo objeto fué restituir al rey la perdida autoridad constitucional; partido que era el único capaz de evitar á Francia los horrores inminentes, detras de los cuales debía venir el imperio. Ya la muerte de Mirabeau la había hecho conocer la necesidad de asegurarse, volver la vista atrás y contemplar la rápida pendiente por donde se había dejado arrastrar de la codicia del favor público; y no cegándolo entonces la peligrosa emulación, que antes ofuscaba su vista, quiso detenerse y eximirse de aplausos demasiado caros, desde el momento en que por ellos se le exigían delitos. Pero en las revoluciones no es posible el arrepentimiento; la expiación es indispensable; y así no le quedaron mas que terrores y remordimientos, y el triste recurso de dar al rey consejos que ya no podían seguirse [1].

Después de haberse decretado la destitución de los funcionarios públicos que se separaban de sus puestos, se pretendió que por el hecho de la fuga quedaba destituido el rey: cesó, pues, todo respeto hácia él desde el instante en que su breve ausencia demostró que no era necesario, y la asamblea se con-

[1] Barnave decía á Malouet: "He debido parecer á V. muy jóven, pero le aseguro que en pocos meses he envejecido mucho." Mi ilustre amigo Beranger, par de Francia, á la coleccion de las obras de Barnave [Paris, 1843, cuatro tomos], añadió esta interesantísima noticia acerca del autor, á quien presenta como "ejemplo para aquellos que dedicándose á la carrera pública, no saben bastante bien con cuánta energía y resolución deben arrostrarse los escollos, y cuánta abnegación les impone la necesidad, con frecuencia inevitable, de resistir los propios impetus y elevarse sobre los partidos y sobre su época."

sideró dueña de todo el poder. Condorcet y Brissot, que habían llegado á ser el alma de los jacobinos, piden entonces que se forme causa al rey; los orleanistas levantan sus ambiciosas esperanzas hasta el trono; la derecha de la asamblea exagera los ánimos con su imprudente oposición, y los emigrados, proclamando que Luis está prisionero, nombran regente al conde de Provenza, su hermano. Barnave hace frente á la tormenta sosteniendo la inviolabilidad del rey y acusando solo á Bouillé; sus razones le dan el triunfo, pero el pueblo se alborota, y se hace preciso sujetarlo con efusión de sangre [27 de Julio de 1791]. Si Luis hubiese tenido la idea de lo que exigía su decoro, habría abdicado francamente antes de sumirse en una lastimosa nulidad en que continuamente debía verse obligado á obrar contra su conciencia; y por otra parte, si los girondinos hubiesen sido gente resuelta, habrían proclamado en el mismo instante la república, que experimentada un poco antes de que sobreviniesen la manía de derramar sangre y el imperio de la recelosa envidia, habría podido evitar el advenimiento de la época del terror. Pero todo quedó abandonado al acaso, y poco después de la muerte de Mirabeau [17 de Mayo], Duport decía en la cámara: "El verdadero peligro consiste en la exajeración de las ideas políticas.... Los hombres no quieren ya obedecer á los antiguos déspotas; pero si no se acude al remedio con tiempo, están dispuestos á crearse déspotas nuevos; cuyo poder, mas moderno y popular, sería mil veces mas peligroso.... En tres estados puede hallarse el hombre: en el de insubordinación, en el de esclavitud y en el de libertad. De la esclavitud ya hemos salido, pero caeremos otra vez en ella, si traspasando los límites de la libertad nos lanzamos á la insubordinación.... La libertad es aquel medio nada fácil de conservar, que exige una constancia de esfuerzos y de vigor, mucho mas difícil que la súbita y breve esplosion de la fuerza."

Mientras tanto, á medida que desaparecía el poder del rey y de la asamblea, se cimentaba el de la municipalidad de Paris. Cuando la asamblea se declaró permanente, la municipalidad hizo otro tanto, y cada uno de los sesenta distritos imitó el ejemplo. En seguida la asamblea nombró comisiones, y el ayuntamiento y los distritos eligieron también las suyas. De aquí la discordia entre unos y otros: los distritos, no pudiendo ponerse de acuerdo, tomaban resoluciones opuestas contra la municipalidad; muertos el poder judicial y el ejecutivo, y apenas naciente el legislativo, la chusma por sí sola hacía las leyes, las aplicaba y ejecutaba. En este desorden había cobrado fuerzas un nuevo partido llamado *republicano*, á cuya cabeza estaban Petion, Buzot y Robespierre, hombre el último de terrible ineptitud y envidioso de Barnave, como éste lo había sido de Mirabeau.

Hasta en las mismas familias había pene-

trado la division, habiendo también en ellas derecha é izquierda, y las mujeres tomaban gran parte en estas contiendas. Los literatos, sin embargo, ejercieron muy poco influjo en una revolución que ellos habían promovido. El loco Volney, presentando á la asamblea nacional sus *Ruinas*, escitó su saña contra los tiranos [1]; Raynal, de regreso de su destierro, protestó contra la exagerada aplicación de las doctrinas filosóficas; Delille deploraba el triunfo de los principios á que debía su fortuna; Fontanes y Saint-Pierre se sumergían en un mudo dolor; Vicq-d'Azir se consumía de tedio, sin atreverse á manifestarlo; si Condorcet secundaba la revolución, la maldecían Rullière y Saint-Lambert, sin salirse empero del fango del materialismo; Marmontel buscaba el olvido en la tranquila composición de obras mas correctas; Morellet se espantaba de aquella lógica, á pesar de la idea que tenía de la omnipotencia de la dialéctica, y La Harpe, que la comprendía muy poco, deploraba la pérdida del gusto y la irrupción de solecismos en la lengua patria.

Los periódicos constituían entonces la única literatura de la época, y los folletistas se hacían pagar como en Lóndres el silencio ó el elogio; los aristócratas habían tomado el tono del ridículo, máxime en los *Hechos de los apóstoles*, y por todas partes se propagaba un diluvio de epigramas, de canciones y sutilezas. A éstas los plebeyos opusieron el tono serio y rígido; y Marat, especie de hidrófobo ávido de vituperios y después de sangre, se erigió en incitador feroz de las pasiones populares. En suma, la elocuencia que había venido á regenerar al mundo, tomó un carácter nuevo, mas atrevido é innovador de lo que se acostumbraba entre gente culta, y con fines mas sistemáticos y elevados, hasta que á su vez tuvo que desaparecer ante la violencia de los hechos y la omnipotencia de las populares pretensiones. Entre tanto, los emigrados habían colocado al rey en la posición falsísima de tener que escitar á la nación, á quien temía, contra el ejército, en el cual confiaba; mientras ellos, que habían llevado al extranjero sus ambiciones, su envidia, su codicia innoble, pretendían con fanfarronadas ocultar su miedo, se jactaban de ser la nación, y se lisonjaban de poder conquistar la patria con solo una marcha de pocos dias. Con estas provocaciones sin fuerza, irritaban á sus adversarios: los reyes investigados por ellos, se armaban é invadían las fronteras de Francia, y de tales irrupciones eran consecuencia las turbulencias interiores del país.

[1] Libro impío y muy propio á escitar el furor popular con su falsa elocuencia y con sus sofismas. Volney, ateo y declamador insensato, contribuyó en gran manera á promover con sus obras el espíritu revolucionario en Francia, destruyendo todas las bases de la buena moral.

Este escritor murió siendo par de Francia.

Todo esto contribuyó á que se adelantase la obra de la constitución con apresuramiento y desorden, porque la derecha se negaba á votar. Luis, puesto en libertad, declaró que aceptaba el código fundamental. Lafayette hizo proclamar la amnistía, y otra vez quedaron reconciliados el pueblo y el rey.

Ya estaba, pues, terminada la tarea de la asamblea constituyente, de la cual quedará memoria eternamente. Necesitaba su obra madurez y experiencia, y en lugar de mostrar estas cualidades, se mostró jóven é inesperta, arrastrada por instintos mas que guiada por la razón, é impulsada por aquel vano deseo de innovar, que constituye el carácter y la enfermedad del siglo XVII. Falta de práctica y fiada en la omnipotencia de las ideas, aspiró á la libertad, á la perfectibilidad, á lo ideal, sin tener en cuenta los hechos ni las preocupaciones; y por tanto, habiéndose puesto, no ya á enmendar, sino á reconstruir el mundo, tuvo que discutir *a priori* la mayor parte de las cuestiones de derecho público y derecho natural; sus disposiciones y decretos llegaron á componer el número de tres mil doscientos cincuenta, y ningún cuerpo tuvo tantos poderes ni los ejerció con tantos actos de omnipotencia.

En el derecho natural, tomando por punto de partida el contrato social y los cánones de la escuela enciclopedista, proclamó la igualdad de todos, la libertad en las opiniones religiosas, los derechos del hombre y del ciudadano; hizo que desapareciese la preocupación que tanto perjudicaba á las familias de los delincuentes; abolió los votos monásticos, los derechos feudales y las jurisdicciones señoriales, las cédulas de prisión, las aduanas interiores y los derechos de puertas, las órdenes, los títulos, las libreas, la servidumbre; fundó establecimientos benéficos para dar trabajo; restituyó á los no católicos los bienes confiscados á sus mayores, emigrados á consecuencia de la revocación del edicto de Nantes; suprimió la contribución que pesaba sobre los judíos; abolió los privilegios de caza; levantó la prohibición impuesta á los extranjeros de testar en favor de otros extranjeros; suavizó el rigor de las penas; calificó de delito la violación de las cartas, dispuso que fueran admitidos los hombres de color á formar parte de las asambleas parroquiales de las colonias; declaró, en fin; á todo hombre, de cualquier religión ó color que fuese, habilitado para ejercer todos los derechos que daba la constitución. El trabajo quedó emancipado: en la tierra por él fecunda, cesó la traba que le imponía la exacción del diezmo de sus productos; cesaron de ver limitados sus cambios á los confines de las provincias por medio de las aduanas interiores; cesaron de interrumpirlo los servicios corporales; cesaron de comprimirlo los gremios, y así llegó á constituir la futura fuerza del Estado.

En asuntos políticos, la asamblea se abrogó exclusivamente el derecho de hacer le-